

Reconstruir la España contemporánea (entre la literatura y la historia)

José Carlos Mainer

Imagino que los colegas que han concebido este coloquio esperan de los co-ponentes españoles que confronten su opinión con las sustentadas en los trabajos de sus colegas extranjeros. Implícitamente se supone que no han de ser las mismas; que no puede serlo la de quienes, además de tener por oficio la historia, la sufren o la heredan como ciudadanos, y la de quienes se han acercado a una historia ajena pero no la viven en su realidad diaria.

Para un contemporaneísta especialmente la diferencia es de peso: dedicar una tesis a la Guerra Civil o a las letras de los años de la República, a los inicios del socialismo o a un escritor del exilio en los años sesenta y setenta significaba, entre nosotros, una elección que comprometía muchos resortes de nuestra vida moral, que nos vinculaba o desvinculaba de la tradición de nuestras familias y que nos llevaba por vericuetos bibliográficos no siempre practicables. Y aparentemente para un extranjero no debía ser así... Pero ya no sabría decir si para un colega ultrapirenaico de la edad de Jean François Botrel, que es la mía, una opción de esa naturaleza se sustentaba simplemente en el plano profesional. Pertenece a una misma generación histórica y los reflejos son más o menos comunes: si nosotros teníamos la Guerra Civil y a Franco, ellos tenían la dramática experiencia de la ocupación, la resistencia y la colaboración. ¿y quién puede decir que las turbias luchas de la descolonización, o la crisis educacional de 1968, la experiencia moral existencialista o las fiebres estructuralistas no han sido también, de algún modo, referentes españoles? Quizá es la primera vez que esto ha ocurrido en la larga crónica del hispanismo... Y lo

cierto es que además no pocos de los hispanistas franceses que citaremos luego, nacidos después de 1940, tienen un apellido español determinante: pienso en Carlos Serrano, hijo del escritor español Arturo Serrano Plaja (uno de los firmantes de la famosa ponencia colectiva de *Hora de España*), pero también nieto —por la rama materna— de Jean Richard Bloch (uno de los más significativos escritores *engagés* de los años treinta); pienso en Jean Louis Cuereña, hijo del escritor español exiliado Jacinto Luis Cuereña... Otros fueron alumnos de profesores españoles emigrados o compartieron los bancos de la escuela y el Liceo con algún chico más moreno cuyos padres eran de Málaga o Valencia... O supieron de la existencia de la última dictadura nacida del fascismo y participaron sin saber mucho de ella en algún mitin de la Mutualité. O confrontaron sus ideas muy generales con las imágenes más reales de un verano pasado en la España de Franco, donde el biquini estaba mal visto y las parejas no podían besarse por la calle.

A la vista de los muchachos que, provistos de su Beca Erasmus, comparten las aulas con los nuestros puede pensarse que el sentido tradicional del hispanismo ya ha terminado. Siguen abundando entre ellos los apellidos hispanos y muchos son los herederos de una experiencia histórica dramática: la emigración económica que escoltó —y, en parte, financió— el «desarrollo». Pero éstos ya no han hablado español en sus casas, la *quiche* les suele ser más familiar que la tortilla de patatas y, a fin de cuentas, comen idéntica *fast food* cuando salen con sus amigos españoles. Para la mayoría de ellos el descubrimiento de lo español no tiene una especificidad dramática ni puede ser contado en forma de biografía intelectual. Para sus compañeros españoles, en rigor, tampoco... Quizá, al cabo de algunos años, estudien una historia o una literatura europeas y el descubrimiento capital que les concierna sea el confrontarla con la del Magreb o la de América Latina: el patrimonio de quienes ya ocuparán entonces bastantes bancos de sus mismas aulas.

Digo esto, de entrada, porque la reacción tradicional de un español ante el fenómeno cultural del hispanismo no es fácil de describir. Ha escrito Francisco Murillo Ferrol [«En que se trata de los hispanistas (A Cuy Hermet y Edward Malefakis)», *Sistema*, núm. 14, julio de 1976, pp. 3-12] que «la actitud del español ante los hispanistas es ambivalente: de agradecimiento por una parte, ya que nos dedican su atención y su interés, pero de incomodidad por otra, al sentirse observado desde fuera». Por lo pronto, la relación intelectual de Francia y España es

una relación desigual: los problemas de identidad nacional francesa se han librado en la época moderna con Inglaterra y con Alemania. La confrontación anglofrancesa llena los siglos XVIII y XIX; el conflictivo encuentro de Francia y Alemania, tras 1870, no tiene menor entidad histórica. Y no me refiero, por supuesto, a los enfrentamientos bélicos que salpican la relación, sino a las dimensiones intelectuales que van desde la admiración al complejo de inferioridad, desde la burla a la adopción de costumbres. La actitud de un estudioso francés para con España no es la misma que tiene Alexis de Tocqueville cuando examina la democracia en América, de Madame de Staël cuando escribe sobre Alemania, o de Montesquieu o Voltaire cuando analizan la vida social inglesa... Ni siquiera la de un anglófilo superficial como André Maurois o la de un interesado en entender a la Alemania como el Jean Giraudoux posterior a 1918. La relación con España depende de la curiosidad exótica o del prejuicio étnico, alimentados siempre por el conocimiento parcial. No hay sino ver lo que la misma Madame de Staël escribía de *De la littérature* al caracterizar las letras españolas que ocupan el capítulo X de su libro, al lado de las italianas: «Aucun élément de philosophie ne pouvait se développer en Espagne; les invasions du nord n'y avait porté que l'esprit militaire, et les Arabes étaient ennemis de la philosophie. Le gouvernement absolu des orientaux, et leur religion fataliste, les portait à détester les lumières philosophiques.» En la carta LXXVIII de las *Lettres Persannes* Montesquieu transcribió la imaginaria carta de un viajero asustado por la intolerancia y el arcaísmo de la sociedad española. E incluso Cadalso -que habría de imitar su modelo literario- replicó con indignación. Hablamos, en definitiva, de percepciones de un país que, por una u otra causa, se advierte como no europeo.

y conviene añadir, por otra parte, que solamente entre nosotros la opinión ajena ha tenido tanta importancia como para conformar la idea de ser víctimas de una «leyenda negra» y para producir batallas como la de los apologistas en el final del XVIII. La última lid al respecto es la de muchos compatriotas contra las interpretaciones ajenas de la Guerra Civil en busca de una interpretación etnocéntrica del conflicto. Solamente así se entiende que José María Gironella pudiera escribir al frente de *Un millón de muertos* (1966) que los novelistas extranjeros que han tratado de la guerra «parcelan a capricho el drama de nuestra Patria, rebosan de folklore y en el momento de enfrentarse resueltamente con el tema, con su magnitud, esconden el rabo. A menudo, pecan

de injustas, de arbitrarias y producen en el lector enterado una notoria sensación de incomodidad». Y que Camilo J. Cela, campeón del misoneísmo etnicista y de un cierto concepto estético de lo español, dedicara *San Camilo* 1936 (1969) «a los mozos del reemplazo de 1937» y, expresamente, «no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas, que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie había dado vela en nuestro propio entierro». ¿Hay algún entielTo de la historia del siglo XX que ya no sea «nuestro»? ¿No murieron -quizá como conejos- entre nosotros John Cornford o quien firmó como Christopher Caudwell? ¿Escondieron el rabo Georges Bernanos, católico y antifranquista, o César Vallejo, cholo peruano e indigenista, cuando advertía a los niños del mundo que estaba «la madre España con su vientre a cuestras»?

No se trata solamente de una relación desigual la que se traba entre los extranjeros y España. Es también una relación asimétrica: en las letras españolas son excepciones los escritores que han tomado como propio otro idioma, y menos frecuentes aún los que han adoptado otra visión del mundo y una temática ajena a la de su propio país de origen. Los estudios de filologías extranjeras, en el marco de las Facultades de Filosofía y Letras, no existieron hasta los años cincuenta, y entre sus primeros maestros no abundaron las lumbreras: eran, a todo tirar, filólogos con intereses gramaticales o ágrafos contumaces, rebotados de alguna otra disciplina. En un análisis que debería ser de lectura obligada para los docentes de aquéllas, Américo Castro escribía en 1924 que «la carrera de Filosofía y Letras carece entre nosotros de prestigio social. Los alumnos proceden de clases más bien humildes. Son los menos -sobre todo en provincias- los que se atreven a seguir tales estudios sin sustentarlos en los de Derecho». Y añadía por lo que más directamente nos concierne: «Las lenguas modernas, por descontado, no se enseñan en la Universidad, en lo cual constituye la única excepción entre las europeas. No sentimos curiosidad alguna por conocer los más finos productos de las culturas modernas: ni Dante, ni Moliere, ni Shakespeare, ni Goethe, ni las civilizaciones de que son eco han parecido al poder público temas que podían enriquecer el horizonte de nuestra juventud» [«La organización actual de las Facultades de Letras», en *Lengua, enseñanza y literatura (Esbozos)*, Victoriano Suárez, Madrid, 1924]. Setenta años después las bibliografías de las filologías modernas pueden seguir escribiéndose sin el concurso de un solo nombre español y son pocos los profesores de las mismas que

escriben usualmente en la lengua que profesan (las excepciones se cuentan con los dedos de la mano).

Al lado de esas clamorosas deficiencias lo cierto es también que los hispanistas -como es de sobra sabido- analizan territorios muy a menudo carentes de bibliografía propia y clarifican lo que los indígenas no acertamos a analizar. «Lo grave parece ser (...) -subrayaba Murillo Ferrol en el ensayo citado más arriba- que la cultura española necesita de ojos foráneos para verse a sí misma. Porque los de dentro no poseen casi nunca la libertad suficiente (dándole a libertad el sentido más amplio) o porque sus *idola tribu* son tan densos que ahogan *in nuce* el desasimiento y la distancia suficientes para conseguir la objetividad que se suele llamar trabajo científico.» En la existencia del hispanismo confluyen muchas razones: ¿Por qué en Francia fue de uso del nombre de *hispanissant* aunque hoy se haya impuesto el más profesional de *hispaniste*? El libro de Antonio Niño -*Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España (1875-1931)*, CSIC-Casa de Velázquez-Sociedad de Hispanistas Franceses, Madrid, 1988- ha explorado muy bien lo que hubo inicialmente de comercio, colonización cultural y afecto desinteresado: lo que, a fin de cuentas, explicaba aquel matiz de afición del sufijo -*issant* que precedió a la normalización profesional del oficio.

Pero, ¿puede existir una inclinación a los estudios españoles por parte de un extranjero que no comporte algún ingrediente de interés político o algún elemento de comparación implícita? Las preguntas son muy pertinentes cuando se piensa en lo mucho que el estudio de los siglos XVIII y XIX españoles debe a las más veteranas tesis de Estado francesas, y la razón es seguramente múltiple: por un lado, estaba la omnipresente influencia francesa en el XVIII español; por otro, el arraigo de la temática española en el XIX francés (los franceses inventaron la «música española» y la *espagnolade* fue uno de los *bibelots* culturales más prestigiosos de un Segundo Imperio con emperatriz castiza). Pero tampoco ha de desdeñarse la convicción de que la España de la *modernidad insuficiente* presentaba como conflicto insoluble lo mismo que Francia resolvía: el tránsito del Antiguo Régimen, las sublevaciones vandeanas, el pretorianismo, el asentamiento del orden liberal-burgués, la nacionalización del país, la separación Iglesia-Estado...

Ya a finales de los años veinte había llegado a España un joven helenista francés con ánimo de trabajar en los manuscritos griegos de la biblioteca de El Escorial. Y Marcel Bataillon, tal era su nombre,

había acabado por traducir a Unamuno y por dedicar bastantes años de su fecunda vida a rastrear la aventura espiritual del erasmismo en España: un escritor que representaba la pugna entre lo tradicional y lo moderno y una de tantas oportunidades de «pensamiento europeo» que naufragó entre nosotros. Su libro *Erasme et l'Espagne*, publicado en 1937, mereció una inolvidable nota de Antonio Machado y es, desde entonces, una obligada referencia de la historia intelectual española. Un año antes, Pierre Jobit, sacerdote católico, había publicado una considerable monografía en dos volúmenes sobre el krausismo y sus consecuencias con el revelador título de *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, que demostraba, frente a la hostilidad de los ortodoxos nacionales, la profunda espiritualidad y la buena intención pedagógica de los seguidores de Sanz del Río. No deja de ser curioso que la noble actitud de Jobit abrió camino, años después, a nuevos libros sobre el tema que fueron obra de dos españoles comprometidos en sendas organizaciones católicas y no precisamente progresistas: Vicente Cacho Viu, vinculado al Opus Dei, y María Dolores Gómez Molleda, afiliada a las Teresianas del Padre Poveda. Y ambos, como Jobit, se sintieron ganados de algún modo por el atractivo objeto de su estudio. y sus trabajos vieron la luz casi a la par que otro estudio francés, el de Yvonne Turin sobre *L'éducation et l'école en Espagne de 1874 à 1902* (1963, traducción española en 1967, con significativo prólogo de Pedro Laín Entralgo). Todos aquellos volúmenes reconstruían los perfiles nítidos de una ausencia: la del laicismo de un país que no había tenido guerras de religión (ya lo había lamentado Mariano José de Larra) en su edad moderna y que, al final del XIX, tampoco tuvo a Waldeck-Rousseau ni a Jules Ferry.

Aquel ánimo de vindicación de los modestos esfuerzos culturales hispanos y su implícito contraste con el vuelo que tales cosas alcanzan en la cultura europea ha inspirado el fondo de muchos otros trabajos. Buena parte de lo que sabemos sobre las letras del XIX se debe mucho a estudiosos franceses: aunque los trabajos sobre la polémica gaditana del romanticismo de Guillermo Camero hayan arrumbado los muy veteranos de Camille Pitollot, para conocer a Martínez de la Rosa sigue siendo imprescindible la monografía de Jean Sarrailh (1930); para Bretón de los Herreros, la de Georges Le Gentil (1909); para el Duque de Rivas, la tesis de Estado de Gabriel Boussagol (1926); para Bécquer, las investigaciones de Robert Pageard (iniciadas en los años cincuenta)... Pero no deja de ser significativo al respecto que la importancia pro-

porcional de los trabajos franceses sea mucho mayor en lo que toca al siglo XVIII, umbral de la contemporaneidad, que prácticamente ha sido una provincia más de la erudición gala. Ya nadie sustenta la hipótesis central del libro de Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée à la seconde moitié du XVIIIème siècle* (1954), cuya traducción de 1957 fue uno de aquellos libros que todos los estudiosos españoles nunca agradeceremos bastante a las beneméritas prensas del mexicano Fondo de Cultura Económica. Hoy sabemos que las tensiones de 1780-1808 eran menos simples y el dibujo de la Ilustración más complejo. Y lo sabemos en gran medida gracias a los renovadores trabajos que en los decenios sesenta y setenta, presentaron Georges Demerson (sobre Meléndez Valdés, 1962), Albert Dérozier (sobre Manuel José Quintana, 1968, que clarificó su papel en el nacimiento del liberalismo), René Andioc (sobre Leandro Fernández de Moratín, 1970, donde se reconstruyó la intimidad del primer profesional moderno y el significado e impacto de su reforma teatral), Paul Guinard (sobre la prensa de 1737 a 1791, en 1971), Lucienne Domergue (sobre Jovellanos en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, 1971), François López (sobre Juan Pablo Forner, 1976, donde se veía lo que de progresista e ilustrado tuvo este apologista y envidioso feroz), Guy Mercadier (sobre Torres Villarroel, 1978, en cuyo título tan significativo *Masques et Miroirs* se anunciaba una reflexión sobre el ejercicio de la autobiografía pero también sobre el estatus -tan discutido- del autor, a medias entre preburgués, libertino, epígono quevedesco, semiilustrado, pícaro...)... y no ha cesado esa línea de indagación a la que ahora se unen Françoise Etievre (con sus importantes aportaciones sobre Antonio de Capmany) y Mireille Coulon (con una tesis definitiva sobre Ramón de la Cruz).

Se advertirá que casi todos los anteriores han rendido todavía tributo a la venerable tradición de las «vidas y obras», fruto nada huerro del positivismo académico. Porque en él han podido anidar preocupaciones sobre la teoría literaria (como fue el caso señalado de Mercadier) o reflexiones propias de historia cultural o incluso de *nouvelle histoire*. La abierta concepción de la formación del hispanista francés y la propia dinámica de la tesis de Estado llevan aparejada la interdisciplinariedad. Si Andioc ha atisbado la intimidad de Moratín o sus relaciones con Goya, también ha revelado el significado político de la *Raquel* de Garda de la Huerta en relación con el Motín de Esquilache o la trama de intereses que había detrás de la reforma de los teatros de Madrid a principios del XIX. Y François López lo mismo ha propuesto una sugerente

divisoria interna del XVIII como ha trabajado –y sigue haciendo trabajar– en la difusión de la letra impresa en la España moderna. Pero eso también ha seguido en lo que concierne al siglo XIX: *José de Espronceda et son temps* (1974), de Robert Marrast, es, desde entonces, el libro capital sobre el autor, pero además vino a afirmar el sentido popular y progresista de un romanticismo que un católico británico, Edgar Allison Peers, y un antiguo diplomático nazi, Hans Iuretschke, habían preferido asociar a una vaga constante «nacional» o decantado del lado de un eclecticismo tan político como ideológico.

Pero muchas de estas obras, por más que revistan la forma convencional de las grandes tesis, pertenecen por su intención y su contexto a los horizontes de una renovación de la historiografía literaria española que cuajó en tomo a 1970. En 1968 había muerto Ramón Menéndez Pidal, quien representaba la victoria del idealismo interpretativo sobre el batallón positivismo, pero también la continuidad de una interpretación nacionalista-liberal de la historia de España, elaborada con anterioridad a 1936 (en su etapa feliz del Centro de Estudios Históricos) y rehecha y reorientada tras 1939. Pero en 1968 en bastantes aulas convulsas muchos se preguntaban para qué servían los profesores, cuál era la relación entre la investigación y la docencia, o qué significado tenía la enseñanza de un «aparato ideológico de Estado» como, al cabo, era la literatura o la historia. Y se apuntaban horizontes epistemológicos muy distintos: del lado de la óptica estructuralista (lean Paul Sartre *dixit* que aquélla era la última coartada del pensamiento burgués), se abominaba de la historia literaria lineal y convencional; del lado del marxismo, se apuntaba también a una renovación metodológica que coincidía con la anterior en su aversión a la historiografía convencional, progresista o no. Seguramente también se producía paralelamente una renovación biológica de los escalafones, tanto en Francia como –más acentuadamente– en España.

Algunos hechos lo certifican. En 1970 comenzaron las reuniones primaverales de Pau en torno a Manuel Tuñón de Lara, que siempre tuvieron una pequeña pero significativa presencia literaria. En mayo de 1972 la Casa de Velázquez convocó una reunión que todos llamaron de «sociología literaria» (era un marbete de moda) pero que se denominó, en rigor, *Creación literaria y público en la literatura española*. La conferencia inaugural fue de Noël Salomon, cercana todavía la repercusión de sus monumentales *Recherches sur le thème paysan au temps de Lope de Vega*, y participaron, junto con René Andioc y Maxime Chevalier,

tres jovencísimos doctorandos: Jean Sentaurens, que trabajaba sobre la organización teatral sevillana del siglo de Oro, Jean François Botrel que habló de la «entrega» como estructura de producción literaria en el XIX, Y Serge Salaün, que lo hizo sobre la poesía de propaganda en el bando republicano de la Guerra Civil. Por España estuvimos Rafael Pérez de la Dehesa (cuya tesis sobre *Política y sociedad en el primer Unamuno 1894-1904*, publicada por Ciencia Nueva en 1966, nos había conmovido a todos), Andrés Amorós (que en *Sociología de una novela rosa*, 1967, se había atrevido a hablar de Corín Tellado) y quien firma estas líneas, que tenía muy reciente su *Falange y literatura* de 1971.

Nadie sabía muy bien qué cosa era la «sociología de la literatura» pero sí se advertía que aquellos y otros estudiosos creían en una historia literaria que, en primer lugar, lo fuera: decididamente «histórica». Y que abordara territorios y dimensiones que usualmente habían quedado fuera de los estudios al uso. Con tanto candor como convicción lo defendía yo mismo en el prólogo que puse a mi *Literatura y pequeña burguesía en España. Notas 1890-1950*, conjunto de estudios que vio la luz en 1972. Sin tanto énfasis y mayor sabiduría hicieron lo propio estudiosos como Cecilio Alonso, Juan Ignacio Ferreras, Iris M. Zavala y Leonardo Romero Tobar en lo que concernía al siglo XIX (*Literatura y poder*, de Alonso, es de 1971; el inicio de la serie de Ferreras sobre la novela del XIX es de 1973 y el libro de Romero sobre novela popular, de 1976); Carlos Blanco Aguinaga, que publicaba en 1970 *Juventud del 98*; Juan Carlos Rodríguez y su grupo althuseriano de Granada (la *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas* apareció en 1974); Juan Oleza, cuyo libro sobre *La novela del siglo XIX. Del parto a la crisis de la ideología* es de 1976... ¿Un cambio de paradigma? No sé si tanto como para usar del concepto que Thomas Kuhn aplica a la historia de las ciencias, pero piénsese también en lo que, en estas mismas fechas, sucede en torno a las nociones tradicionales sobre la novela picaresca o la sustancial renovación de temas y planteamientos en el terreno de la literatura medieval (los historiadores recordarán, sin duda, que aquéllos eran los momentos de las primeras tesis sobre política electoral, sobre movimientos obreros o sobre la formación de partidos políticos: muy a menudo los historiadores de la literatura y los contemporaneístas coincidíamos en las mesas de la Hemeroteca Municipal de Madrid). Por lo que toca a los campos de trabajo más recientes en el tiempo, se advierte una tendencia que

era ampliamente favorable a la formación tradicional entre los hispanistas franceses: lo interdisciplinario parecía una exigencia de la nueva historia. Y, de otro lado, prevalecían las interpretaciones dialécticas, no menos familiares a una promoción que se había formado en las vísperas de 1968. Cuando en 1984 Botrel prologaba el texto de su tesis *Pour une histoire littéraire de l'Espagne (1868-1914)* apelaba a una idea de Gramsci en los *Quarderni di carcere*: no hay partenogénesis de la literatura, tal como lo habíamos entendido quienes comenzamos a estudiarla hacia 1970. Para que existiera literatura era precisa la intervención del «elemento macho», de la historia. Y a su propósito, Botrel hablaba del *historien historique* y reivindicaba para la historia literaria «un statut comparable a celui qui connaissent l'histoire sociale, l'histoire économique, l'histoire des idées o des mentalités».

Lógicamente, esas actitudes de principio han beneficiado los campos de la contemporaneidad donde más llamativa es la convivencia de las lmsiones de la historia y la creatividad artística. La novela y el pensamiento del siglo XIX es uno de esos ámbitos privilegiados y sobre ambos versan los trascendentales trabajos de Yvan Lissorgues sobre el pensamiento elariniano (su estudio y antología de *Clarín político* es de 1980-1981; su monografía *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas*, de 1983); los de Simone Saillard de nuevo sobre Clarín y sobre la recepción del naturalismo en España; los de Albert Besoussan sobre la obra crítica del catalán Iosep Yxart, quizá la más certera **-un** paso atrás de la de Clarín, por supuesto- de los años ochenta y noventa; las fértiles indagaciones de Iean François Botrel sobre la crematística de Valera, la repercusión y difusión de Galdós, los recovecos de Clarín y el mundo de la edición española de la segunda mitad del XIX se jalonan desde 1970 hasta su imprescindible síntesis *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX* que es de 1994. Pero hay más: a ese mismo impulso corresponden la tesis de Jacques Beyrie sobre Galdós, la de Nelly Clémessy sobre Emilia Pardo Bazán, la de Iean Le Bouill sobre Pereda y los importantes trabajos de Solange Hibbs-Lissorgues sobre prensa y literatura católica.

La escritura del fin de siglo fue otro terreno que llamó la atención en Francia como en el resto del ámbito hispanístico y de la propia España. La cosecha recoge las tesis de formato más convencional de Louis Urrutia (Pío Baroja) y Bemard Sesé (Antonio Machado), pero también otros trabajos que se adentran en lo que entonces era motivo de ardorosa discusión: la polémica de los términos «noventay ocho»

y «mú<lernismo», la interpretación unitaria o dicotómica de Valle-Inclán, la valoración del pensamiento de Unamuno... Sobre Valle-Inclán escribieron Eliane Lavaud-Fage y Jean Marie Lavaud: la primera sobre las narraciones iniciales del autor y su paso del cuento a la novela corta y la novela; el segundo, sobre su teatro en prosa. Y aunque Unamuno cuenta con pocos estudiosos, Jean Claude Rabaté acaba de publicar un excelente estudio sobre *1900 en Salamanca* (1997), ojalá que pórtico de lo que muchos reelamamos hace tiempo: una pormenorizada biografía de Unamuno que supere la notable y bienintencionada de Emilio Salcedo, publicada cuando el centenario de 1964.

Pero la aportación más fecunda son las que podríamos llamar «investigaciones transversales» más que interdisciplinarias. No abundan mucho en España porque los tribunales de tesis suelen torcer el gesto ante los campos poco delimitados y poco propicios a unas conclusiones tajantes. Entre nuestros vecinos, la nueva legislación que autoriza las *theses sur travaux* ha facilitado las cosas, a la vez que la que rige la formación de grupos de investigación ha hecho proliferar las siglas entre pedantes y divertidas, pero tras las que suele haber serios y continuados empeños. Así, el equipo de París VIII (Vincennes) ha trabajado sobre formas de literatura popular y ha rozado, en más de una ocasión, el territorio de una antropología social de lo literario: lo primero está presente en su miscelánea sobre *El Cuento Semanal* (la primera colección española de novelas cortas, nacida en 1907) y lo segundo apunta en sus trabajos sobre Fermín Salvochea, el narrador socialista (y amigo de Unamuno) Timoteo Orbe y ahora la expresión artística de la violencia en la novela *Doña Mesalina* (1910), de José López Pinillos. El grupo coordinado por Jean-Louis Guereña trabaja sobre educación popular, sobre instituciones educativas y sobre prostitución, cristalizaciones de prestaciones sociales y conformación de mentalidades. Jean Michel Desvois y Jean François Botre! siguen impulsando trabajos sobre la historia de la prensa, una disciplina que -como arriba se ha indicado- cambió el rumbo de nuestros estudios: nos obligó a considerar la recepción y repercusión de la letra, nos curó del fetichismo de los títulos de libros, nos ayudó a relativizar las grandes figuras de escritores y nos enseñó el valor axial de la cronología precisa. En el terreno de las artes gráficas, Eliseu Trenc vio publicado su innovador trabajo en 1977 sobre el modernismo catalán y sigue en esa brecha.

La significación política del intelectual ha sido otro aspecto clave. Paul Aubert abordó el sugestivo mundo de la aliadofilia en la España

de 1914-1918 Y es, sin duda, quien más decididamente trabaja en lo que podrían ser capítulos de esa tentadora «historia política de la literatura española»: tal sucede en sus certeros estudios de Antonio Machado y Manuel Azaña. Jaegues Maurice empezó trabajando en historia agraria, luego se interesó por el anarquismo, pero sus últimos trabajos parecen orientados a este mismo ámbito. Ya con Carlos Serrano presentó un meritorio esbozo, *Joaquín Costa. Crisis de la Restauración y populismo* (1977), cuyo título tan expresivo denota los términos de una hipótesis de trabajo muy sugerente. Apareció en la colección «Estudios de Historia Contemporánea» de la editorial Siglo XXI, donde abundaron, por cierto, los nombres franceses. La serie, inspirada y dirigida por Manuel Tuñón de Lara, venía de los coloquios de Pau y allí escribieron Jean René Aymes, Jean Bécarud, Pierre Conard-Malherbe, Jean Michel Desvois, Vincent Garmendia... En su mareo publicó Carlos Serrano su *Final del imperio. España 1895-1898* (1984), anticipo de su gran libro *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne* (1987). Se trata, en fin, de una renovadora visión de la coyuntura: la primera parte estudia los movimientos sociales «espontáneos» y sus variedades regionales; la segunda, la respuesta de los movimientos obreros organizados ante la crisis; la tercera parte, las tentativas de renovación (los idearios regionalistas, la huella de Blasco Ibáñez y su populismo, el nacimiento de los intelectuales como categoría sociopolítica). Serge Salaün, a quien conocimos trabajando en la poesía de Guerra Civil, lo hace ahora sobre formas populares e ínfimas de cultura, como muestra su conocido libro sobre *El cuplé (1900-1936)* (1990). Con Carlos Serrano, y en 1988, publicó *1900 en Espagne. Essai d'histoire culturelle*, libro de conjunto surgido -como dice su solapa- de las reuniones de un equipo empeñado en un «trabajo colectivo de historia cultural de los siglos XIX y XX» que pretende seguir abordando otras etapas de ese proceso. El índice es revelador de la pretensión y también del reparto territorial de los dominios científicos: el repliegue de la vida política es abordado por Jacques Maurice; las condiciones materiales y legales de la producción cultural, por Jean François Botrel y Jean Michel Desvois; las instituciones y la educación, por Jean Louis Guereña; la presencia de los «intelectuales», por Carlos Serrano; la cultura urbana, por Brigiue Magnien y Marisa Villapadierna; los espectáculos, por Serge Salaün y Claire Nicole Robin (que tanto sabe de Joaquín Dicenta); la crisis del realismo como modelo narrativo, por Yvan Lissorgues y Serge Salaün, y la hipótesis final, «1900 o la difícil modernidad», por Carlos Serrano.

Esa troquelación feliz de «la difícil modernidad» parece ser un diagnóstico sagaz pero también el rasgo español más atractivo para quienes lo analizan desde Francia. Por eso sorprende (y no sorprende) que haya menos densidad de dedicación en lo que concierne a las etapas posteriores a 1910: es decir, al momento en que cuaja el regeneracionismo modernizador de Maura o Canalejas, el nacionalismo estético organizado del Centro de Estudios Históricos y ese horizonte artístico tan definido que, a falta de rótulo mejor, hemos bautizado como *novecentismo*, traduciendo del catalán como éste hizo del italiano. La tesis de Bernard Barrere sobre Ramón Cómez de la Serna no ha tenido, por desdicha, la difusión de otras, como fue el caso de la dedicada a Juan Ramón Jiménez por Gilbert Azam, pero posiblemente el fenómeno intelectual de 1910-1920 ha de ser abordado transversalmente como se ha hecho en el caso de 1900 para conseguir que nos entregue un perfil más coherente. Y eso se echa de menos, como sucede en el caso de 1927 y sus aledaños, que son continuidad de aquel impulso hasta que se produce la quiebra de confianza y objetivos en torno a 1928-1934. Ha seguido, empero, la tradición de las tesis sobre los grandes poetas en los renovadores estudios lorquianos de Eutimio Martín, en la monografía de Marie Chevalier sobre Miguel Hernández, en la de Jacques Issorel sobre Fernando Villalón o en la tesis de Claude Le Bigot sobre aspectos retóricos de la poesía comprometida de los años treinta.

¿y lo más actual? ¿Hay también acaso una percepción de las carencias de la «difícil contemporaneidad» cuyos parámetros son el desfase entre desarrollo económico y desarrollo político, la escasa secularización, el ascendiente pretoriano del ejército, la subsistencia de la España tradicional junto a la España modernizada, la debilidad de las soldaduras de la conciencia nacional colectiva? Aunque la transición por autonomasia designa al proceso que siguió a 1975, la historia del franquismo ha sido, en rigor, un proceso de transiciones sucesivas, entendidas como deslizamientos (poco dolorosos pero generadores de insatisfacciones morales) entre dos situaciones *de Jacto*. ¿No fue, en este sentido, una transición la que convirtió la autarquía -económica pero también ideológica y hasta cultural- en el autoritarismo tecnocrático? ¿y no fue otra transición -que enlaza con la de 1975- el largo desgaste del franquismo y sus pugnas internas después de 1970? Son ya bastantes los estudiosos franceses que han abordado con pasión y buen sentido los vericuetos de estos años recientes. A menudo, en llamativa coin-

cidencia con sus colegas españoles: casi son de la misma fecha las excelentes tesis doctorales de Génevieve Champeau (Burdeos) y Luis Miguel Fernández (Santiago de Compostela) sobre el realismo narrativo de la generación de 1950, la primera sobre su enfoque intencional de la realidad y la segunda sobre la relación del movimiento literario con la cinematografía italiana neorrealista. Pero ya Jean Alsina había escrito artículos sutilísimos sobre las novelas del período, Jean Tena había ilustrado el significado de la memoria de la guerra en la generación del medio siglo y había sido francesa la primera convocatoria para debatir sobre el significado de «Deux romans de la rupture? *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos, y *Señas de identidad*, de Juan Goytisolo» (Universidad de Toulouse-Le Mirail, 1980). No ha de extrañar que, precisamente en homenaje a Jean Tena, un amplio grupo de estudiosos en tomo a Edmond Cros (Universidad de Montpellier) preparen ahora mismo un par de volúmenes de síntesis sobre los últimos años de la narrativa española. Porque, en lo más reciente, hay preferencias muy marcadas y casi hasta *adopciones* de escritores españoles por los más jóvenes estudiosos galos. El interés por el cine de Carlos Saura y Víctor Erice (que han merecido sendos volúmenes en la Universidad de Dijon) es mayor, sin duda, que el que suscitan en su país de origen. La presencia de *Beatus ille*, de Antonio Muñoz Molina, en el programa de Agregaciones del año 1996 ha generado una actividad bibliográfica inusitada y no comparable, por supuesto, con la que Francisco Ayala o la cuentística medieval (que compartían el mismo programa) pudieron suscitar. Manuel Vázquez Montalbán ha sido un éxito de ventas y tiene también un estudioso de talla en Georges Tyras. Y el caso de un periódico como *El País* ha provocado una interesante monografía coordinada por Gérard Imbert.

Es indudable que la sensibilidad del extraño, más selectiva y (en el mejor sentido) más ingenua, advierte mejor que la del indígena lo que es significativo y procura distinguir lo axial de lo adventicio. Cabe que, en otros casos, estas preferencias vengan dictadas por razones de complicidad menos aparente: Muñoz Molina y Vázquez Montalbán son dos escritores de franqueza ideológica notable, muy conscientes de ser albaceas de un patrimonio histórico (la república, la Guerra Civil, la tradición intelectual radical) y cuyos relatos abordan sin ambages ingredientes básicos de la historia reciente. No diré, ni mucho menos, que sean escritores de molde para hispanistas progresistas, pero lo cierto es que suscitan simpatías instantáneas entre ellos. Y *El País*

es, de entre todos los periódicos nacionales, el más ligado a sus orígenes históricos (*El Sol*, por supuesto), el más conscientemente laicista y el más vinculado a una moral heredera, en última instancia, del liberalismo nacionalista y radical. Pero, ¿reprocharemos a nuestros colegas que elijan bien los temas de sus trabajos? Lo cierto es que hoy, afortunadamente para todos, las sagaces prevenciones de Murillo Ferrol que se evocaban más arriba quieren decir ya muy poco: la reconstrucción de nuestra historia es ya obra de todos.